

Ríos de conocimiento: demarcando la ciencia con voces indígenas

1

ARTÍCULO DE OPINIÓN

Diádiney Helena de Almeida (<https://orcid.org/0000-0002-7151-0564>)¹

Resumen *Parte de este texto resultó de una conferencia presentada en la apertura de la XX Semana Nacional de Ciencia y Tecnología de la Fundación Oswaldo Cruz, en octubre de 2023. Se trata de una reflexión de una historiadora indígena sobre su trayectoria profesional, considerando el racismo imperante en la comunidad científica, así como los caminos que los ríos de conocimiento indígena han recorrido en la búsqueda de la demarcación de la escritura como campo de garantía de los derechos garantizados en la Constitución Federal de 1988, constituyendo un espacio de resistencia para la continuidad de las existencias plurales de los pueblos indígenas de Brasil.*

Palabras clave *Salud indígena, Racismo en la ciencia, Conocimiento indígena*

¹ Universidade Estadual de Santa Cruz – Campus Soane Nazaré de Andrade. Rodovia Jorge Amado, km 16, Salobrinho. 45662-900. Ilhéus BA Brasil. dyhelenagmail.com

“Agonia dos Pataxós”

A veces
Me miro al espejo
Y me veo tan lejos
¡Tan fuera de contexto!
Parece que no soy de aquí
Parece que no soy de ese tiempo

Eliane Potiguara (2019, p. 63)

Parte de este texto resultó de una conferencia presentada en la apertura de la XX Semana Nacional de Ciencia y Tecnología de la Fundación Oswaldo Cruz, en octubre de 2023. Esta institución, hay que decirlo, ha formado y sigue formando parte de mi trayectoria académica. Vine aquí para hacer mi maestría en la Casa de Oswaldo Cruz y, años después, regresé para hacer un doctorado internacional en Derechos Humanos, Salud Global y Políticas de Vida.

Es interesante ser el orador principal y poder hablar en primera persona en el lugar donde comencé mis reflexiones como historiadora, al mismo tiempo que profundizo en la extrañeza ya sentida durante mis años de licenciatura en la Universidad Federal de Río de Janeiro.

Es también en este espacio donde he venido creciendo como intelectual. Actualmente soy profesora de Historia en la Universidad Estadual de Santa Cruz, en Bahía, y colaboro con la Escuela Nacional de Salud Pública, enseñando, asesorando en diversas especializaciones centradas en Derechos Humanos y Salud Indígena y viviendo la experiencia de formar parte del Colectivo Voces Indígenas en Salud Colectiva, un proyecto orgánico de investigadores vinculados a la Salud Indígena y comprometidos con el protagonismo indígena en la producción y difusión de ríos de conocimiento.

Se trata de la formación de una red de intelectuales indígenas de diversos pueblos que se han reunido en esta institución, diferentes afluentes de las regiones más distantes de este país y que entiendo como un hermoso encuentro de aguas, un “encuentro feliz”, como bien describe Elisa Urbano Ramos, líder y antropóloga Pankararu y cacica electa del grupo².

Destaco que estos encuentros han sido movimientos contracoloniales³ y revolucionarios. Sin embargo, debo destacar que no ha sido un camino sencillo y fluido, ya que los intelectuales indígenas enfrentan la permanencia del etnocentrismo, la tutela en los espacios de producción de cono-

cimiento y la ausencia de diálogo con la diversidad de formas de ver el mundo que estructuran los modos de saberes indígenas². En la lucha por garantizar los derechos de todos los pueblos indígenas, la escritura ha surgido con el potencial de reafirmar las existencias plurales. Según Gersem Baniwa, la escritura es “una herramienta para la inclusión, la igualdad con la diversidad y el empoderamiento político e intelectual”².

Y es en este camino fluvial donde defendemos nuestros registros, nuestras formas de comunicarnos, nuestras formas de enseñar y aprender que se nutren de las formas tradicionales de expresarse de cada pueblo. Del mismo modo, Elisa Urbano Ramos afirma que “estos son los escritos que traducen el lenguaje de nuestros ancestros, la comunicación a través de historias”². Por lo tanto, es evidente que la lucha por los derechos y la democracia cognitiva está necesariamente vinculada a los universos simbólicos de la espiritualidad indígena.

Estuve mucho tiempo en Educación Básica como profesora de Historia, y necesitaba enfrentar el desafío de transformar mi práctica, mi voz, mi cuerpo en este espacio tradicionalmente colonizador y estereotipador: la escuela. Este legado de violencia reproducido en los espacios escolares fue movilizadopor una política de inexistencia que históricamente consideró a los pueblos indígenas incapaces y condenados a desaparecer, sometiéndolos a políticas integracionistas y a la tutela del Estado brasileño. El resultado de esto es que, incluso después de la conquista del Capítulo Indio en la Constitución Federal de 1988, gran parte de la sociedad brasileña aún desconoce a los pueblos indígenas, no reconoce sus nombres, no encuentra el sonido de sus lenguas y música y fantasea con sus tradiciones. Esto nos dice mucho sobre lo que las instituciones científicas y educativas han enseñado o no sobre la realidad de una parte importante de la población que se reconoce perteneciente a un pueblo originario.

Pero antes, debo decir que no estoy aquí para hablar sola. Traigo conmigo muchas voces ancestrales, el olor de las hierbas y del suelo de tierra, el sonido de las hojas y de las ramas al romperse, y traigo una reflexión sobre el conocimiento que está hecha de movimiento y fluidez. “Siempre hemos estado cerca del agua, pero parece que hemos aprendido muy poco del habla de los ríos”⁴.

Los versos de Eliane Potiguara que abren este texto pueden entenderse desde dos puntos de vista. En primer lugar, la insistente estrategia colonial de situar temporal y físicamente a los pueblos indígenas en un pasado lejano, reforzando su ausencia en la época contemporánea.

Este borrado ciega los ojos de las personas que no conocen a los pueblos indígenas. Al mismo tiempo, muestra hasta qué punto esta agonía azota a los pueblos indígenas de todo el Nordeste, que aún hoy son invisibilizados ante la diversidad de sus rasgos fenotípicos, que se distinguen del estereotipo presente en el imaginario de esta sociedad.

Bahía es el segundo estado con mayor población indígena del país, según el Censo 2022⁵. Sus pueblos indígenas aún reivindican dejar de ser “caboclos” y “mestizos”, y resisten en defensa de sus identidades y territorios.

Recuerdo aquí las representaciones generalistas y exotizantes difundidas a través de los informes, escritos y pinturas de los viajeros europeos y las teorías raciales del siglo XIX que, basadas en la biología, afirmaban la existencia de diferencias insuperables entre las llamadas razas. Recuerdo también el mito de la democracia racial, construido en el siglo XX por la intelectualidad brasileña⁶. Quisiera destacar hasta qué punto esas ideas y teorías, provenientes del campo de la ciencia, respaldaron el silenciamiento de un universo plural de conocimientos. Es necesario reflexionar y debatir sobre las generaciones de científicos educados a partir de la ceguera provocada por las ideologías racistas.

Estas palabras pueden resultar incómodas, pero también invitan a los estudiantes e investigadores de esta importante institución a navegar por estos ríos, escuchar con atención y bañarse en sus aguas. Necesitamos poner en práctica una ciencia que pueda convivir y dialogar eficazmente a partir de la comprensión de la multiplicidad de existencias y experiencias, con rostros y voces que nunca han sido pensados como investigadores y científicos. Cuando hablo de estos ríos de conocimiento, denuncio el silencio y constato las ausencias en este auditorio.

El proceso colonizador es permanente y yo pregunto: ¿cómo se ha movilizó la élite intelectual de este país para combatir la violencia y el silenciamiento que históricamente han dejado sin perspectivas a los niños y jóvenes indígenas, con una tasa de suicidios tres veces superior a la media nacional? Vivimos en una realidad en la que las culturas de los pueblos originarios y toda esta confluencia de diferentes lenguas, costumbres, tradiciones, fiestas, ritos y medicinas siguen manteniendo viva su memoria ancestral como **rExistencia**.

Aunque consideradas como subhumanidades, una concepción que atraviesa la relación con el Estado, son estas culturas las que, lejos de estar

extintas, continúan sanándose de la violencia del racismo y renovándose a partir de sus cultivos, de los movimientos de saber hacer presentes en una casa de fariña, en lo sagrado de un jarabe de hierbas, en la confección de un maracá, en los cantos, en los grafismos que pintan los cuerpos territorios de norte a sur de este país.

Apoyados en su ascendencia, se convirtieron en estudiantes, líderes políticos, intelectuales y, por tanto, productores de conocimiento, reivindicando la existencia de sus pueblos, su dignidad como ciudadanos brasileños y el pleno derecho a ser diferentes, rechazando la tutela que marcó una relación histórica colonial genocida.

Defender la Constitución significa defender un hito que nos ha devuelto la capacidad de ser considerados capaces de pensar, hablar y tomar decisiones. El grito que resuena del movimiento «nada sobre nosotros sin nosotros» exige al Estado reparaciones históricas y sitúa a todas las instituciones orientadas a la producción de conocimiento como espacios fundamentalmente estratégicos para el ejercicio de la ciudadanía y la democracia cognitiva⁷. Así, los pueblos indígenas siguen movilizándolo a la Madre Tierra mientras luchan para que se garantice el derecho constitucional a la demarcación.

Los indígenas pajés y majés siguen movilizándolo a los cuidados de la salud, a los que curan, a los que plantan para sembrar la cura, a los que cantan para evocar sanación, a los que enseñan a la sociedad occidental que los ancianos son bibliotecas vivas que hay que cuidar, amar y preservar, porque son los mismos que siguen enseñando a los más jóvenes a reverenciar las tradiciones, a guardar sus semillas, a aprender escuchando las aguas de los ríos.

Y quiero llamar especialmente la atención sobre las mujeres que dan a luz. Recientemente visité dos comunidades Ticuna en los canales del río Solimões, invitada por la Fiocruz. Este río todavía me atraviesa y me hace recordar y reverenciar a las sabias mujeres Ticuna, Kokama, Kambeba y Kanamari que dan a luz, que movilizan sus sueños, los conocimientos de sus antepasados y los elementos de su territorio para seguir existiendo. El trabajo que realizan estas mujeres remite a un movimiento de vida, de continuidad de un pueblo, por lo tanto, estas mujeres se dedican y movilizan todo un repertorio cosmológico, para hacer posible no sólo el nacimiento de un niño, sino la continuidad de la existencia de sus pueblos. Estas mujeres, que pertenecen a la *Asociación Algodón Morado*, movilizan en sus manos el mastruz, algodón morado, dientes de carpincho,

la grasa de gallina y muchos secretos. Y movilizan gestos, miradas, afecto, trabajo ¡y tiempo! Y cuando dan a luz, se convierten en las “cumaris” de las familias de los bebés que se pescan en la barriga-igarapé. Es un ejercicio de autogobierno donde todos los niños de estos pueblos que vienen al mundo son acogidos por las manos de mujeres sabias, poseedoras del saber tradicional de sus pueblos, manejando con destreza su propia lengua y los elementos de la naturaleza que ritualizan este momento de celebración de la vida y la resistencia.

Recuerdo un discurso de Ailton Krenak, sobre el periodo de la pandemia del COVID-19, cuando señala “nuevas formas de hacer política [...] que emergen de campos que aún se consideran invisibles” y cómo esta forma de gobernar implica afectos y solidaridad⁸.

Los ríos del conocimiento fluyen por los ríos ancestrales, por las voces de las abuelas, de los líderes, de cada miembro de una comunidad indígena, desde los territorios, demarcados o no, hasta los centros urbanos.

Hay producción de conocimiento, se reproduce la vida y se publican libros en la Aldea de Maracanã, aquí en Río de Janeiro, así como en el Parque das Tribos, en Manaus, y en muchos otros organismos vivos movilizados por la resistencia indígena.

Creo que estoy aquí especialmente para hablar de un tema urgente: necesitamos pintar las paredes de las escuelas, universidades e instituciones de investigación con jenipapo, achiote, arcilla, toá y multiplicar el conocimiento que incluye no sólo palabras, sino también ritos, gestos y encantamientos. No más una ciencia monocultural, sino una ciencia que dialogue con la diversidad, con los indígenas pluriversos que existen a favor de la vida.

El movimiento indígena grita la urgencia de defender a la Madre Tierra. El Informe Especial del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático demostró cómo la protección de los bosques contribuye a la agricultura y, por lo tanto, a la seguridad alimentaria, además de prevenir fenómenos climáticos extremos⁹. Sin embargo, el movimiento indígena que declaró la Emergencia Climática en el Campamento Terra Livre en 2023 demuestra cómo la vida de los pueblos indígenas está amenazada y cómo se está alterando su relación con la naturaleza¹⁰. Son las culturas de los pueblos originarios las que hacen eco durante siglos de una forma diferente de entender los ríos, las montañas y los bosques. No los entienden como recursos, pero estoy hablando de

grupos que hablan con el río Watu, el Río Doce, considerado un abuelo para la cultura Krenak, hablan con la piedra sonora como los Puris en la Serra da Mantiqueira, entienden que el sol puede enamorarse de la luna, como los Sateré Mawé de la región media del río Amazonas, y los que cuentan historias de tiempos en que las montañas aún dormían bajo la tierra y cuando despertaron trajeron los ojos de las aguas de las profundidades, como los Taurepang de Roraima y partes de Venezuela y Guiana^{11,12}. No puedo dejar de mencionar la fuerza de las historias de Makunaima para los pueblos Macuxi y Wapichana, tan bien enfatizado por el arte de Jaider Esbell. La mayoría de los brasileños sólo conocen la historia de Makunaima contada por Mário de Andrade, desconectada de cualquier contexto indígena.

Jaider Esbell lo lee de una manera que provoca a la sociedad a la descolonización, a la transgresión y a las dimensiones que tienen sentido cuando pensamos en la fuerza espiritual del abuelo Makunaima, volviendo a poner en práctica la fluidez del mito y hablando de un tiempo en que todo podría ser todo¹².

La producción de conocimientos cuyo afluente es un río ancestral indígena está en plena ebullición: hay diálogo con la producción occidental, hay también afirmación de epistemologías propias, nuevas metodologías y el saber-hacer que se inscribe, y se escribe en portugués pero también se presenta en otras lenguas, y ya compone un campo de resistencia que se va constituyendo de intelectuales indígenas provenientes de políticas afirmativas y que entran en los espacios de producción de conocimiento para militancia por sus escritos, para demarcar territorios de conocimiento, enfrentando el desafío de superar una sociedad racista y excluyente. Según Gersem Baniwa, desde 1988, los pueblos indígenas “han luchado insistentemente por sus derechos a pensar, a hablar y a ser escuchados, a ser vistos y a decidir sus destinos”².

Como está escrito en la Carta de la Primera Marcha de Mujeres Indígenas que tuvo lugar en Brasilia en 2019: “No basta con reconocer nuestras narrativas, es preciso reconocer a nuestras narradoras”¹³.

Es significativa la presencia de mujeres que reafirman su fuerza dentro del movimiento indígena desde el campo político e intelectual. La generosidad de la escucha, la mirada atenta, el “sentipensar”, para usar una expresión de Fals-Borda¹⁴, es urgente dejar emerger las narrativas de los pueblos indígenas, combatiendo el silenciamiento de las culturas de más de 1,7 millón de

brasileños pertenecientes a más de 300 pueblos cantores y danzantes, que también luchan por el reconocimiento de sus identidades y su protagonismo como sujetos históricos. Reposicionar estos aportes en la cartografía académica es combatir el ideal moderno de humanidad que, a lo largo de la historia, ha excluido las identidades no occidentales y los saberes no científicos, así como promover la pluralidad en el ámbito educativo y de investigación, que ahora se reivindican como territorios para el ejercicio de la democracia cognitiva.

André Fernando Baniwa sostiene que la interculturalidad es una práctica de vida, es decir, presupone la posibilidad de coexistencia y convivencia entre culturas e identidades¹⁵. Planteo entonces un desafío: ¿Cómo crear condiciones favorables para compartir conocimientos y buenas relaciones entre la ciencia y los pueblos indígenas? ¿Cómo educar a la sociedad para que entienda que los pueblos indígenas forman parte de la historia de este país? ¿Cómo educar para la convivencia y la defensa de la diversidad cultural en la formación de científicos? ¿Cómo promover a los intelectuales indígenas como autores, investigadores, docentes, gestores y como intelectuales de referencia? Promover la ciudadanía y la justicia cognitiva pasa necesariamente por reconocer las injusticias históricas cometidas contra los pueblos indígenas y superarlas con políticas públicas eficaces.

La ciencia es una herramienta importante. Las escuelas, las universidades y los institutos de investigación son espacios estratégicos. Es necesario reconocer cómo se ha utilizado la raza para distinguir el conocimiento que se valora socialmente en esta sociedad, y formar parte de este lugar requiere el coraje de enfrentarse al hecho de que los sistemas de conocimiento han funcionado históricamente para socavar el bienestar indígena.

Volviendo a la visita al río Solimões. Hablando con una enfermera indígena, dijo que en cierta situación relacionada con el nacimiento de un niño Ticuna, el médico se quejó de la presencia de la partera y dijo que su trabajo se vería obstaculizado por lo tanto.

Una vez más, recuerdo a las mujeres que dan a luz y celebro a las parteras indígenas de todos los pueblos indígenas de este país. Porque, aunque ocupen los márgenes, aunque sean rechazadas, se mantienen firmes en asegurar los principales elementos constitutivos del buen vivir de sus pueblos y, por lo tanto, también aseguran su poder dentro de sus contextos culturales. De las historias de estas mujeres he aprendido lo que es el coraje.

Reconozcan y fortalezcan a los narradores provenientes de los pueblos originarios. Sean también atravesados por los ríos de conocimientos. Sean incómodos por el formato monocultural y monolingüístico que borra la multiplicidad de las epistemologías indígenas, y sean afectados por la ausencia de intelectuales indígenas en los espacios en los que investigan.

Quisiera recordar aquí la edición especial de una prestigiosa revista científica, *Nature*, que en octubre de 2022 lanzó un número especial que, por primera vez, incluía a editores invitados, investigadores e investigadoras **negros** para abordar un tema ineludible: el racismo en la ciencia. La revista reconoció su contribución a la segregación racial en sus más de 150 años de existencia. Sus editores declararon:

Al mismo tiempo, la ciencia debe estar abierta a la incorporación de nuevas voces y nuevos puntos de vista, y a trabajar en auténtica colaboración con científicos de comunidades negras, indígenas e históricamente marginadas. Tiene que haber espacio para más de una historia, una explicación, una perspectiva¹⁶.

Lo que los editores han denominado “discriminación autopropetuada” se pone de manifiesto en el proceso de marginación de la población negra, los indígenas y otros grupos minoritarios a través de los usos que los científicos y las instituciones han hecho de la investigación.

Darse cuenta de que una revista de este tamaño reconoce que construyó un legado racista al publicar los trabajos de Francis Galton sobre eugenesia y que, durante más de un siglo, ha seguido publicando material que siempre ha devaluado la vida, es un paso importante y una llamada de atención para la comunidad investigadora de Brasil. Los editores piden que los espacios académicos experimenten un proceso de descolonización, aceptando la historia excluyente de la producción científica.

En este número, presentamos los relatos de dos mujeres indígenas, investigadoras en el campo de la salud indígena, que abordan sus experiencias y sus trayectorias profesionales atravesadas por el racismo sistémico. Estas experiencias necesitan lograr los mares. Nadine Caron, la primera cirujana indígena de Canadá afirma que ha tenido que enfrentarse al racismo al tratar con directivos y compañeros de trabajo que insisten en dar prioridad a la atención sanitaria indígena cuando ella se propone desarrollar investigaciones en el campo de la genética. Por su parte, Chelsea Watego ha liderado el campo de los estudios sobre salud indígena en Australia.

Esta investigadora enfatiza la perspectiva colonial que afecta a los pueblos indígenas y, sobre todo, a los intelectuales indígenas dentro de los espacios académicos. Watego llama la atención sobre el papel de la raza como proyecto intelectual en la producción de desigualdades en salud y sobre la medida en que el campo de la salud debe comprometerse con la supervivencia de las culturas indígenas, pero también con la soberanía intelectual indígena.

Nadine Caron y Chelsea Watego también me enseñan el coraje. Nunca he tenido un profesor o una profesora indígena en mi carrera académica. Quizás a las personas que forman parte de los espacios académicos se les escape lo que significa para las personas racializadas estar en espacios donde las ausencias siempre han gritado.

En la cartografía del conocimiento académico de vanguardia, las memorias e historias de quienes reconocen este territorio como Pachamama nunca estuvieron presentes. Hoy reivindicamos la escritura como un movimiento de resistencia, de continuación de la vida, pero que todavía necesita combatir una ciencia muy restrictiva. Este movimiento por la soberanía intelectual indígena viene creciendo en Brasil, son ríos de conocimiento que insisten en defender sus propias visiones del mundo.

Como explicó Ailton Krenak, necesitamos “evocar los mundos de las cartografías afectivas”¹⁴. Nosotros, tanto científicos indígenas como no indígenas, necesitamos contracolonizar enunciando las cartografías de los pluriversos indígenas donde los ríos de conocimiento pueden enseñarnos sobre la curación de la propia ciencia. Es urgente elegir el camino de una ciencia que dialogue con diferentes culturas y saberes, que reconozca epistemologías plurales. Y que, consciente del racismo estructural, luche contra la exclusión y promueva encuentros de aguas. Los investigadores ya dicen que hacer ciencia para todos sólo será posible si todos están en la ciencia. Esta es una forma de construir una ciencia más creíble públicamente, que informe las políticas públicas de forma justa, democrática, inclusiva y ética¹⁷.

En uno de sus libros, Daniel Munduruku¹⁸ cuenta cómo su madre apoyaba la cabeza para quitarle los piojos, y lo hacía con mucho cariño mientras le contaba historias y le hablaba de las tradiciones de su pueblo. Y él se quedaba dormido porque, según explica, las historias tienen que continuar en los sueños. Espero haber contado una buena historia. Y espero que ella continúe en el mundo de los sueños para que pueda convertirse en una realidad a favor de la soberanía intelectual indígena.

Referencias

1. Potiguara E. *Metade cara, metade máscara*. Rio de Janeiro: Grumin; 2019.
2. Coletivo Vozes Indígenas na Saúde Coletiva. *Vozes indígenas na produção do conhecimento: para um diálogo com a saúde coletiva*. São Paulo: Hucitec; 2022.
3. Santos AB, Rodrigues MS, Rufino L, Mumbuca A. *Quatro cantos*. São Paulo: N-1 edições; 2022.
4. Krenak A. *Futuro ancestral*. São Paulo: Companhia das Letras; 2022.
5. Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE). *Indígenas: primeiros resultados do universo*. Rio de Janeiro: IBGE; 2022.
6. Maio MC, Santos RV, organizadores. *Raça, ciência e sociedade*. Rio de Janeiro: Editora Fiocruz, CCBB; 1996.
7. Baniwa GL. Antropologia colonial no caminho da Antropologia Indígena. *Novos Olhares Sociais* 2019; 2(1):22-40.
8. Krenak A, Silvestre H, Santos BS. *O sistema e o anti-sistema: três ensaios, três mundos no mesmo mundo*. Belo Horizonte: Autêntica; 2021.
9. Vick M. Como a mudança do clima afeta os povos indígenas no Brasil [Internet]. 2023. [acessado 2024 mar 29]. Disponível em: <https://www.nexojornal.com.br/expresso/2023/04/26/como-a-mudanca-do-clima-afeta-os-povos-indigenas-no-brasil#>
10. Articulação dos Povos Indígenas do Brasil (Apib). Povos indígenas decretam emergência climática no ATL 2023 em Brasília [Internet]. 2023. [acessado 2024 mar 29]. Disponível em: <https://apiboficial.org/2023/04/26/povos-indigenas-decretam-emergencia-climatica-no-atl-2023-em-brasilia>
11. Negro M, organizador. *Nós: uma antologia da literatura indígena*. São Paulo: Companhia das Letras; 2019.
12. Krenak A. *Ideias para adiar o fim do mundo*. São Paulo: Companhia das Letras; 2019.
13. Marcha das Mulheres Indígenas. Documento Final da Marcha das Mulheres Indígenas (2019). *Revista InSURgência* 2021; 7(2):339-45.
14. Fals Borda O. *Una sociología sentipensante para la América Latina*. Buenos Aires: CLACSO; 2015.
15. Baniwa AF. *Bem viver e viver bem: segundo o povo Baniwa no noroeste amazônico*. Curitiba: Editora UFPR; 2019.
16. Nobles M, Womack C, Wonkam A, Wathuti E. Ending racism is key to better science: a message from Nature's guest editors. *Nature* 2022; 610(7932):419-420.
17. Graves JL Jr, Kearney M, Barabino G, Malcom S. Inequality in science and the case for a new agenda. *Proc Natl Acad Sci USA* 2022; 119(10):e2117831119.
18. Munduruku D. *O banquete dos deuses: conversa sobre a origem da cultura brasileira*. São Paulo: Global; 2009.

Artículo presentado en 15/09/2023

Aprobado en 29/02/2024

Versión final presentada en 20/04/2024

Editores jefes: Maria Cecília de Souza Minayo, Romeu Gomes, Antônio Augusto Moura da Silva